

Verdades y Ficciones de Francisco de Miranda

Violeta Rojo

Pier Paolo Pasolini, en su *Discurso sobre el plano secuencia...*, indicaba que la única manera de acercarse a reproducir más o menos fielmente la realidad era mediante la multiplicidad de puntos de vista, ya que así podemos tener una visión más completa del fenómeno.

Francisco de Miranda es uno de los personajes históricos venezolanos sobre el que hay una mayor cantidad de puntos de vista. Muchos de ellos, además, de primera mano. Sin embargo, esta multiplicidad de visiones no nos da una más completa perspectiva del personaje porque casi todas las interpretaciones repiten, vez tras vez, los mismos tres lugares comunes: El Miranda heroico, el Miranda como personaje trágico y Miranda como personificación del mito de Don Juan.

El propio Miranda ha ayudado a ocultar su personaje. Denzil Romero, en *La tragedia del generalísimo*, dice:

Tienes que volcar en palabras todo lo

que viviste, todo lo que hiciste, lo que pudiste hacer y aún no has hecho, tus sensaciones, tus emociones, tus frustraciones, tus arrebatos, tus esperanzas, todo, todo tienes que contarlo, todo tienes que decirlo (Romero, 1983, 255).

Aunque es cierta la manía escrituraria de Miranda, también es verdad que esconde mucha información, ya sea por miedo a la Inquisición, por caballerosidad o por simple paranoia de perseguido. Entonces, a pesar de lo minucioso que es en sus anotaciones todos los comentarios son externos. Muy rara vez conocemos al personaje profundo, como si todas sus vivencias fueran exteriores. No sabemos de sus sentimientos, nunca se refiere a su familia, no hace mención de si alguna vez se sintió solo y perdido, si se enamoró o fue feliz. Ni siquiera explica si las razones verdaderas de sus viajes eran conseguir apoyo económico, político y militar para la independencia o, simplemente, diletantismo de viajero curioso e ilustrado.

Al no dar información, da pie a

que los espacios en blanco sean rellenos a gusto del intérprete por los historiadores.

En las reglas del juego histórico está la ficción, si nos atenemos a Hayden White o, para ir más lejos a Rousseau, que decía que la historia es una mentira convenida. Para los historiadores y biógrafos venezolanos Miranda ha disminuido su posición como personaje histórico para convertirse en coto de fabulaciones, pero no sólo por las posibilidades literarias del personaje. Es la historiografía la que ha ficcionalizado a Miranda, incluso en mayor medida que las novelas que le ha dedicado Denzil Romero al precursor. Lo desdeñable de cómo se efectúa la ficcionalización historiográfica del personaje es, como dice Mariano Picón Salas, «esa falsa subordinación del hombre al ambiente; ese relleno de historia y color local con que se escamotea el auténtico drama» (*Picón Salas*, 1972, 10).

Nuestros historiadores son, por lo general herodotianos, consideran que la historia debe proporcionar modelos de comportamiento, y por tanto exaltan los valores y las enseñanzas morales implícitas en las vidas y hazañas de los grandes hombres. Esto tiene su importancia en la formación del concepto de nación y de patria fundada por prohombres.

En el caso de Miranda se ha intentado hacer lo mismo, ficcionaliz-

zar el personaje histórico para que calce en el molde de héroe y de prócer intachable que sirva de modelo a las jóvenes generaciones. Sin embargo, esto no es posible por la sencilla razón de que sobre él se escribieron demasiados textos en su época y, además, se tienen sus propios diarios, que muestran un personaje que no está a la altura de las altas dignidades impuestas por la *doxa*, («la opinión pública, el espíritu mayoritario, el consenso pequeño-burgués, la voz de lo natural, la violencia del prejuicio» (*Barthes*, 1978, 51).

Miranda podría considerarse un héroe por sus acciones, pero su comportamiento es muy poco convencional. De él nuestros historiadores pueden exaltar sus cuarenta años de lucha por la libertad del país, su inteligencia, su preparación e incluso su afán escriturario, ya que implica la difícil mezcla del hombre de acción con el de pensamiento, sin embargo, sus diarios pasan a ser un problema cuando comenta cosas como «Entramos en un burdel de putas que hay inmediato; allí, por un rublo chapé una buena».

Por otra parte, como héroe y prócer debería ser un hombre lleno de ideales, que lucha por la libertad sin pensar en recibir nada a cambio, como no sea la satisfacción de la labor cumplida. Miranda, en cambio, pelea con Pitt porque no le proporciona la pensión a la que piensa que

tiene derecho, **es acusado de ser espía de los ingleses, da información sobre América Latina a cambio de beneficios económicos y sociales y lo envuelven en varios juicios acusado de corrupción.** Por si fuera poco, **tenía los tres defectos más graves de su época: era liberal, ateo y francmasón y, además, era un blanco de orilla enriquecido: un recién vestido.**

Esta suma de prejuicios hace que Miranda, que es un héroe por su importancia en el proceso independentista venezolano no pueda utilizarse como modelo por su «heterodoxia». Al no poder **hacerlo calzar exactamente en el esquema de héroe de una sola pieza, se generan otros procesos ficticiales que tratan de hacerlo entrar en moldes: como no puede ser un héroe tradicional pasa a ser, por una parte una figura mítica (el Don Juan venezolano universal) y por otra una figura trágica.**

Analicemos **estas figuras ficticiales relacionándolas con un evento en la vida de Miranda: su viaje a Rusia y su relación con Catalina II. Miranda, en su diario de este viaje se muestra parco con respecto a las razones por las que llega hasta un país tan lejano. Obviamente no es un turista accidental, llega a Rusia con intenciones precisas: logra que lo presenten al Príncipe Potemkin, favorito de la Emperatriz, se gana su con-**

fianza y éste **se lo presenta** a Catalina la Grande. **En este diario Miranda cuenta lo que vio, las costumbres, las personas de importancia a las que conoció.** Las únicas **referencias que podrían darnos pistas sobre qué hacía allí están** en abril de 1787. El día cuatro dice:

La emperatriz me habló muy cariñosamente llamándome a su lado, y Mamonov [también favorito de la Emperatriz] le decía que mañana tenía que confesarme con él por la mañana, con alusión a una cita que nos teníamos dada para hablar de mi asunto...

¿Cuál es ese asunto? No lo dice, pero a partir de las anotaciones de días posteriores podemos deducirlo. El 8 de abril cena con Potemkin y **después de una larga conversación sobre Inglaterra, Miranda comenta que los negativos comentarios del príncipe sobre Inglaterra lo hacen inferir que «tiraba a desanimarme de mi empresa e ida a Inglaterra».**

El 12 de abril se encuentra con Mamonov:

Hablamos con sigilo de nuestro asunto y le di las razones por qué no aceptaba por ahora la oferta que me hacía su Majestad de quedarme a su servicio, etc. Me oyó con sumo gusto y me ofreció respuesta para por la noche, a la cena, significándome que yo hacía mal, sin embargo, de no admitir la oferta de la Emperatriz, y repitiéndome la expresión de que la na-

ción inglesa, después de la última guerra, estaba como adormecida.

Ese mismo día, por la noche, Catalina le manda a decir «que le parecía muy bien mi modo de pensar, que me daría su Protección Imperial en todas partes del mundo...»

El 20 de abril va a casa de Mamonov, quien:

Me habló inmediatamente de mis asuntos (...) y que la Emperatriz me ofrecía enviar las cartas prometidas directamente, para que no me las encontrase a mí. Yo le respondí que estaba muy bien, mas que para mi mayor seguridad y facilitar la conclusión de mi empresa, una carta de crédito por valor de 10.000 rublos me sería muy aceptable para en caso de necesidad.

Podemos pensar, a partir de estos textos, que Miranda fue a Rusia buscando el apoyo político y financiero de Catalina II y su intermediación para convencer a los ingleses de la factibilidad de la empresa. Por tanto, que fue a Rusia con objetivos precisos que logró. No estaba viajando alegremente por el mundo sino que tenía un plan estratégico preciso para conseguir dinero y apoyo a su proyecto.

Dos historiadores rusos, Miroshchevski y Lavretski, **analizan la situación** desde este punto de vista. Según ellos Catalina apoya los requerimientos de Miranda por dos razones fundamentales: por una parte existía una gran rivalidad entre Es-

paña y Rusia y la independencia de **sus colonias significaba la debilidad** del imperio español y favorecía los intereses rusos. Por otra parte, Catalina tenía un viejo proyecto de penetración en el territorio americano, al que consideraba importante **geopolíticamente para un imperio que quería la expansión.**

Curiosamente, la historiografía **venezolana no toma en cuenta esto.** Las implicaciones económicas, políticas, geográficas y culturales del **asunto son pasadas alegremente por alto.** Lo que es un juego estratégico en Miranda y parte de un proyecto político **en Catalina se convierte, simplemente, en una seducción en la que participan** un don Juan y una Mesalina. Según esta versión, Miranda se convierte en amante de Catalina para conseguir apoyo a su proyecto **independentista**, y ella, mujer al fin, se lo concede en pago a sus favores.

El héroe, obviamente, no puede aparecer aquí ya que los héroes son **hombres de acción, no estrategas.** Entonces aparece el Miranda mítico en sus dos vertientes: el don Juan y el aventurero. No es un héroe tradicional, sino alguien para quien el fin justifica los medios, por tanto **hace cualquier cosa por la libertad de su patria.** ¿Cómo se comporta el aventurero? Así lo muestran los historiadores:

Francisco Herrera Luque, en uno de los guiones radiofónicos de La

Historia Fabulada dice que Miranda «pasó a ser el preferido de aquella corte donde los guardias de corps se elegían por el tamaño...» (*Herrera Luque*, 1982, 360).

Después comenta que, cuando sucedió esta historia Catalina era «una vieja horrenda, de una obesidad orgiástica» y que «La emperatriz de Rusia fue quizás el más grande esfuerzo que hizo el Generalísimo por la causa de la libertad» (*Herrera Luque*, 1982, 361). Después de este comentario no debe extrañarnos que en el mismo guión Catalina llame a Miranda: «mi chulín».

Según esta versión Miranda no sólo es un aprovechador de circunstancias que hace cualquier cosa por sus metas, esto es, el aventurero, sino también un conquistador.

El mito del Miranda Don Juan que es el que más ha permanecido en el imaginario implica dos cosas: su superioridad viril (era tan seductor que llegaba hasta las emperatrices) pero también su falta de escrúpulos. La historia de Miranda con Catalina II es contada por todos los historiadores de una manera en la que se entremezclan la pacatería, el orgullo por los éxitos de un venezolano en todos los terrenos y un discurso indirecto y lleno de eufemismos, en el **que se insinúa** de una manera más boba que elegante una historia que, de haberse dado, **no es en realidad, material historiográfico.**

Veamos cómo han recogido los historiadores y biógrafos esta historia. José Nucete Sardi habla de «simpatía amorosa» y de «flirt intelectual» pero desecha otras intimidaciones, aunque después se refiere a unos celos del príncipe Potemkin (incomprobables a partir de los documentos) que nos ratifican lo que antes ha negado.

Robertson, que suele ser parco menciona que entre los ingleses en Rusia se menciona «en términos escandalosos la intimidad del criollo con la zarina» y especifica: «Quienes rodeaban a la emperatriz observaron que Miranda ganaba rápidamente terreno en el favor de la caprichosa soberana», para finalizar comentando: «Así pues, el errante venezolano conquistó el favor de la moderna Mesalina, aunque no se han encontrado pruebas de que se convirtiera en uno de esos favoritos notorios que ella cubría de dádivas espléndidas» (Robertson, 1982, 75, 62 y 67). Por una parte, el mencionar los comentarios de los ingleses (específicamente los de Stephen Sayre) de cierta manera nos confirma la historia ya que nos hace pensar que no proviene de una interpretación a posteriori. Por otra parte, el catalogar a Catalina de Mesalina, unido a la expresión «conquistó el favor» nos envía un mensaje muy directo de reconocimiento de un hecho. Es de hacer notar que su única preven-

ción como historiador no es que exista una relación entre los personajes, sino que no hay pruebas de que Miranda fuera uno de «los favoritos notorios que ella cubría de dádivas». Esto nos hace pensar que el hecho está comprobado, pero no se consiguen referencias de que fuera un favorito notorio.

Mariano Picón Salas, para no entrar en honduras, se limita a decir «No nos consta hasta qué punto estimó a Miranda...» (**Picón Salas**, 1972, 28). Con este comentario, sale elegantemente del paso sin dejar de mencionar que conoce los rumores.

Lautico García es el historiador que hace uso más constante de la indirecta, esto es, no habla de algo que le debe parecer moralmente inaceptable en la práctica e inelegante en el comentario, pero no deja de mencionarlo usando tapujos. Así, por ejemplo, en frases sueltas menciona: «con el afecto de Catalina hacia Miranda aún ardiente» o el «flirteo político o amoroso» entre ambos (García, 1961, 281 y 282).

Alfonso Rumazo González emplea otro método: al comenzar a referirse al asunto transcribe una cita de Decaux sobre Catalina:

¿Que un hombre le gustaba? Necesariamente tenía que ser suyo ¿Que dejaba de gustarle? Lo despedía inmediatamente. A los que había elegido los cubría de dine-

ro, títulos y honores» (En Rumazo, 1985, 114).

Para posteriormente, comentar las atenciones que tenía Catalina con Miranda, el dinero que le da, etc. Sin este epígrafe, parecería que la emperatriz, simplemente, le tenía aprecio a Miranda, con el epígrafe, el sentido cambia completamente y se confirma el mito. Si bien en su texto Rumazo prefiere la alusión y el rodeo, en una nota a pie de página es directo. Al comentar la referencia que hace Robertson a los comentarios de Sayre comenta:

los escrupulosos pueden acudir a esos importantes manuscritos, que sin duda expresan más que la ingenua queja de que «no hay documentos que prueben las relaciones íntimas de Miranda y Catalina 11» ¿Pueden esperarse «documentos»? (Rumano, 1985, 122).

La relación de Miranda con Catalina la Grande no es el único de los episodios de su vida que ha llegado a tener carácter mítico, aunque es particularmente interesante debido a su carácter erótico, lo que ocasiona un discurso particular. Con otra de sus figuras ficcionales: la vida trágica, los mecanismos son distintos.

Denzil Romero llama a su primer libro *La Tragedia del Generalísimo*. José Nucete Sardi a su biografía, *Aventura y tragedia de don Francis-*

co de Miranda. Diego Córdova a la suya *Miranda soldado del infortunio*. Es común que los biógrafos al hablar de Miranda se refieran a la tragedia de su vida.

La tragedia proviene de elementos incomprensibles y, sobre todo, inevitables. Para Steiner, el sentido de lo trágico se expresa en «la brevedad de la vida heroica, el sometimiento del hombre a la ferocidad y el capricho de lo inhumano y la caída». (Steiner, 1991, 10). Estas características pueden ser perfectamente aplicables a Miranda: su vida como héroe fue breve y sus caídas tienen que ver, aparentemente, con determinismos ineludibles.

¿Por qué una de las ficcionalizaciones sobre Miranda es la tragedia? Si bien es verdad que su vida es una sucesión impresionante de grandes éxitos y grandes fracasos, también lo es que su final es convenientemente trágico, ya que ayuda al mantenimiento como héroe de otra de nuestras figuras: Simón Bolívar. Manuel Caballero dice que en nuestro país el bolivarianismo es una religión. Efectivamente el dogma dice que Bolívar -el Padre- nunca se equivoca. Sin embargo, nuestro héroe por excelencia: modélico, inatacable e intacha-

ble, cometió uno de sus más lamentables errores entregando a Miranda a los españoles, en un oscuro episodio que no tiene explicación. Por lo general los historiadores venezolanos se enredan al referirse a este tema, ya que la acción de Bolívar fue deplorable. Ahora bien, la única manera de disminuir su error es convirtiendo la vida de Miranda en trágica. Así, la acción de Bolívar no es vergonzosa sino simplemente un hecho ineluctable, un capricho de los dioses. Bolívar sigue siendo perfecto porque se convierte de victimario en víctima: fue la mano ejecutoria de un destino inexorable. La culpa no la tiene Bolívar, sino el *fatum* de Miranda. Y si algún día descubrimos que Bolívar sí se equivocó, de cualquier manera no es tan grave, ya que Miranda era, recordemos, un aventurero inescrupuloso.

Después de esto sólo nos queda recordar la *Apología para la historia u Oficio de historiador*, donde Marc Bloch escribió «Robespierristas, anti-robespierristas, os suplicamos gracias: por piedad, decidnos, sencillamente, quién fue Robespierre». Nosotros podríamos hacer lo mismo, suplicar a enemigos y amigos que nos digan quién fue Miranda.

BIBLIOGRAFIA

Barthes, Roland. (1978). *Roland Barthes por Roland Barthes*. Caracas: Monte Avila.

Edsall, John. (1979). *Memorias de un recluta de la expedición mirandina*

(*Incidentes en la vida de John Edsall*).
Caracas: Biblioteca de autores y temas
mirandinos.

García, Lautico (1961). *Francisco de
Miranda y el antiguo régimen español*.
Caracas: Academia Nacional de la Historia.

**Herrera Luque, Francisco (1981). *La historia
fabulada*. Barcelona: Pomaire.**

Herrera Luque, Francisco (1982). *La historia
fabulada. Segunda serie*. **Barcelona:**
Pomaire.

Herrera Luque, Francisco (1983). *La historia
fabulada. Tercera serie*. Barcelona: Pomaire.

**Lavretski, José Grigulievich (1974).
*Miranda. La vida ilustre del Precursor de la
Independencia de América Latina*. Caracas:
Ediciones de la Contraloría.**

Miranda, Francisco de (1978-1989).
Colombia. Tomos I-X. Caracas: **Ediciones**
de la Presidencia de la República.

Miranda, Francisco de (1982). *América
espera*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

**Nucete Sardi, José (1971). *Aventura y
tragedia de don Francisco de Miranda*.
Barcelona: Plaza & Janés.**

Parra-Pérez, Caracciolo (1992). *Historia de
la primera república de Venezuela*. Caracas:
Biblioteca Ayacucho.

Pasolini, Pier Paolo (1969). «Discurso sobre
el plano secuencia, o el cine como semiología

de la realidad». En: *Ideología y lenguaje
cinematográfico. Comunicación 1*. Madrid:
Alberto Corazón Editor.

**Picón Salas, Mariano (1972). *Miranda*.
Caracas: Monte Avila.**

Pino Iturrieta, Elías (1992). «Prólogo» a
Miranda, Francisco de. *Documentos
Fundamentales*. Caracas: **Biblioteca**
Ayacucho. Col. Claves de América.

Pueyrredón, Carlos (1943). *El general
Miranda*. Buenos Aires: **Emecé Editores**.

**Robertson, William Spence (1982). *La vida
de Miranda*. Caracas: Publicaciones del
Banco Industrial de Venezuela.**

**Romero, Denzil (1983). *La tragedia del
Generalísimo*. Barcelona: Argos Vergara.**

**Romero, Denzil (1987). *Gran Tour*. Caracas:
Alfadil.**

Rumazo González, Alfonso (1985).
*Miranda. Protolider de la Independencia
americana*. Los Teques: **Biblioteca de
autores y temas mirandinos**.

Steiner, George (1991). *La muerte de la
tragedia*. Caracas: Monte Avila.

Todorov, Tzvetan (1993). *Las morales de la
historia*. **Barcelona: Paidós**.

White, Hayden (1992). *Metahistoria. La
imaginación histórica en la Europa del siglo
XIX*. México: Fondo **de Cultura Económica**.